



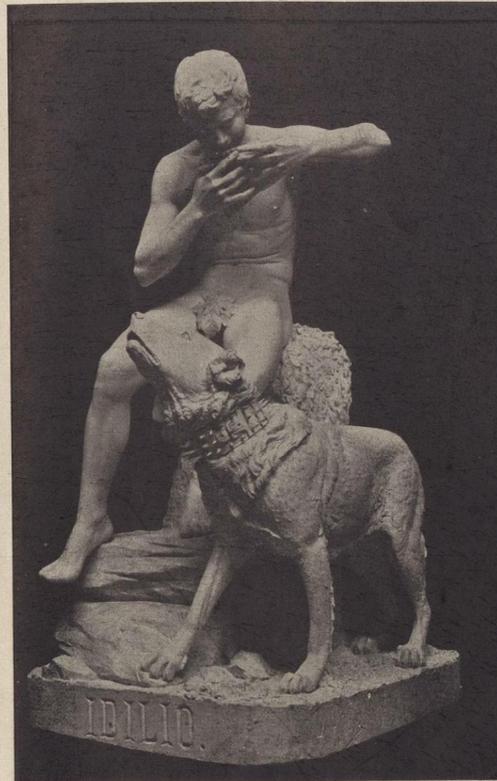
EDAD FELIZ. — Cuadro de José Diez Panadés.



SACANDO EL COPO. — Cuadro de Ángel Andrade.

Fotografías de Hijos de Mateu.

CONDECORACIÓN



IDILIO. — Grupo escultórico de José Piquer.

Tercera medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes.

—¡Allí, allí! — decía señalando á las vinajeras.
 —¿Cómo?... ¡No es posible!... ¡Envenenado!... — exclamó el padre, loco de angustia.
 Y como fotografías de un cinematógrafo, fueron pasando por su cerebro, instantáneamente, todos los sucesos que habían matado las esperanzas de su hijo...
 —¡Pepet! ¡Perdóname!
 Y Pepet, con acento apenas perceptible, le dijo:
 —No se apure usted, padre... ¡Yo siempre he sabido perdonar!...

FELIPE PÉREZ CAPO

MI VECINA

HABITABA en mi misma casa y, sin embargo, lo ignoraba yo, hasta que un día la casualidad me la hizo conocer.

Salía á dar un paseo, cuando llamó mi atención una señora, pobre, pero decentemente vestida, que llevaba de la mano á una niña de unos diez años, la cual fijó en mí sus ojos azules y expresivos con cierta timidez. Había en esta mirada tanta tristeza y resignación, impropias de su edad, que contesté á su saludo, sonriéndola con cariño.

Después de esto, subieron la escalera, yo me quedé mirándolas, sintiendo una gran pena al observar la respiración anhelosa de la pobre criatura, á quien casi tenían que subir en brazos.

Pensativa y melancólica, iba á abandonar el portal, cuando la portera, habiéndose fijado en la atención prestada por mí á aquellos dos seres, se me acercó, y con ese tono satisfecho de las personas que gozan refiriendo á los demás algo que no saben, me dijo:

—¿No conoce usted á esta señora y á su hija? — Y diciéndole yo que no, añadió:

—Son vecinas de usted; las del cuarto interior. Parece ser que antes eran gente de dinero, pero ahora las pobres pasan muchos apuros; son francesas, madre é hija; viven solas y nadie viene á verlas; la niña está muy mala, el médico que las visita me dijo un día que estaba tísica; la madre no sabe ya qué hacer para prolongar la vida de su hija; según creo son gente fina y agradable.

Esto me dijo la portera, á la cual di las gracias por los detalles que me había referido, saliendo á la calle, dispuesta á penetrar á mi vuelta en la habitación de las dos desdichadas que, lejos de su país, sin parientes ni amigos, tales amarguras pasaban.

En efecto, aquella tarde subí, llamé, no sin cierto recelo, por temor á parecer importuna. Vino á abrirme la señora, quien sorprendióse al verme, mas luego se sonrió, recordando el saludo cruzado entre su hija y yo. Esto le bastó para recibirme con suma amabilidad; en su idioma le expresé mi sentimiento por no saber que éramos vecinas, así como tampoco que su hija estuviese enferma. Al oír este último, los ojos de la pobre señora se llenaron de lágrimas, y con voz temblorosa, replicó:

—¡Muy mala, pobrecita mía!

Quise infundirle confianza, mas no me fué posible; la pobre madre llevaba ya clavada en el pecho la espada del dolor.

Penetré en el comedor, todo estaba pobremente amueblado; pero una gran limpieza reinaba en toda la casa, y algún mueble mejor que otro indicaba que para aquellas infelices habían lucido también días alegres y de bienestar.

Cuando salí, me llevaba las simpatías de aquellos dos seres; unas cuantas palabras de interés y de cariño habíanme bastado para ello; ¡á qué poco debían de estar acostumbradas las infelices!...

Durante varios días, visitaba tarde y noche á mis dos amigas y llevaba á la enfermita dulces y paquetes que recreasen algo su existencia triste y penosa.

Cuando entraba, lo primero que oía era la voz de Regina — tal era su nombre — que me llamaba; y conmoviame el cariño que para mí guardaba en su tierno corazón y la alegría que brillaba en sus ojos, cada día más grandes, á causa de la enfermedad que la mataba, cuando me veía aparecer. Pasó un mes; el tiempo era muy frío, un aire de nieve hacia doblar las ramas de los árboles, y á mi pobre enfermita le faltaban las fuerzas por momentos y la vida se escapaba de aquel cuerpecito.

Subí una mañana más temprano que de costumbre, pues la noche anterior había dejado muy mal á Regina, aunque, al parecer, sin peligro inminente; llamé, nadie me contestó. Al golpear por segunda vez la puerta, vi con asombro que estaba abierta... Entré en aquella habitación... un silencio de muerte reinaba en ella, avancé presa de un invencible temor... abrí el cuarto de la enferma y me quedé clavada en el umbral de la puerta. ¡Como si estuviera dormida, con las manos cruzadas sobre el pecho, se me presentó Regina; junto al lecho mortuorio, su madre de rodillas, fija la mirada en la que tanto había querido, ni oía, ni veía. Me acerqué, sin que notara mi presencia, y puse un beso sobre la pálida frente de la niña que me había demostrado tanto cariño!...

Entonces, y quizá por primera vez desde que murió su hija, la madre se puso en pie, me miró fijamente... gruesas lágrimas brotaron de sus ojos y cayó en mis brazos exhalando un sollozo.

El cielo, que días anteriores había estado gris y triste, se mostraba por una rara coincidencia aquella mañana puro y azul; el sol lucía en todo su esplendor y uno de sus rayos jugueteaba en el tranquilo rostro de la joven muerta... Allá en el horizonte una nubecilla, blanca como la nieve, parecía ser el alma de la que llorábamos en la tierra y que desde el cielo nos enviaba una sonrisa de felicidad.

MARÍA DE ECHARRI



EPILOGO. — Grupo escultórico de José Campeny.

Exposición Nacional de Bellas Artes.



EL CASTILLO DE SPALENTHOR (BASILEA).

ACUARELA

LOPE DE VEGA

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS).

Nació el *Fénix de los Ingenios*, Félix Lope de Vega, en Madrid, el 25 de Noviembre del año 1562: siendo sus padres Félix de la Vega, y Francisca Fernández, naturales del Valle de Carriedo.

A los cinco años, dice su panegirista Montalbán, leía ya el romance, y el latín; y en el colegio de la Compañía de Jesús, en que sus padres le pusieron, notando su natural despejo, aprendió humanidades, esgrima, danza y música.

Muy mozo, y aprovechando la libertad en que le dejó la prematura muerte de su padre, cometió algunas calaveradas, *más inocentes que ofensivas*.

A los quince años le hallamos sirviendo en las Islas Terceras bajo las banderas de España, y á poco le vemos familiar del Obispo de Avila, don Jerónimo Manrique, y Secretario del Duque de Alba y del Conde de Lemus.

Casó á los veintidós años con doña Isabel de Ampero, hija de don Diego, rey de armas. Muerta su esposa, y una hija que tuvo, llamada Teodora, alistóse en la armada *Invencible*, en la que recogió en sus brazos á su hermano menor, alférez de los tercios, muerto en un combate con los holandeses.

Vuelto á España, sus relaciones con doña Antonia Trillo, le originaron un proceso del que se libró sin grandes trabajos.

En el año 1603, contrajo nuevas nupcias con doña Juana de Guardio, de la que tuvo dos hijos; Carlos, que no pasó de los siete años; y Feliciano, cuyo nacimiento costó la vida á su madre.

De sus amores con doña María de Luján, nacieron Lope Félix, que á los quince años pereció en un naufragio; y Marcela del Carpio, que con el nom-

bre de *Sor Marcela de san Félix*, profesó en el convento de las Trinitarias Descalzas de Madrid.

En 1613, sintió una fogosa pasión por la linda comedianta Jerónima de Burgos, para quien escribió su famosa comedia *La niña boba*.

A los cincuenta años decidió recibir las Sagradas órdenes, diciendo su primera misa en el convento de San Hermenegildo de Padres Carmelitas Descalzos.

¡Por raro contraste, fueron muchos los hombres notables de aquel tiempo que empezaron en soldados y acabaron en clérigos!

El sacerdocio dió á Lope de Vega, la calma de espíritu y la tranquilidad necesarias para consagrarse al estudio, al trabajo y á la virtud.

La dedicación de su *corona trágica de María Estuardo* al Papa Urbano VIII valióle una expresiva carta del Pontífice, la cruz de la Orden de San Juan, el título de doctor en teología, y el de Notario del Archivo romano.

Nombrado familiar del Santo Oficio, tomó el hábito de la Orden tercera, y recibió el título de Capellán Mayor de la Congregación de presbíteros naturales de Madrid.

Su labor literaria es de aquellas que encantan, y á la vez asombran. Novelas, como la *Dorotea*; epopeyas, como la *Jerusalem conquistada*; poesías bucólicas, como la *Arcadia*; obras críticas, como *Las cien Jaculatorias*; históricas, como el *Discurso sobre la nueva poesía*; teológicas, como *La vida de San Isidro*; burlescas, como *La Gatomaquia*; didácticas, como el *Arte de hacer*



SOR MARCELA DE SAN FELIX VIENDO PASAR EL ENTIERRO DE LOPE DE VEGA, SU PADRE

Cuadro de I. SUÁREZ LLANOS.

Museo Nacional.

comedias, sin olvidar su celebrado *Laurel de Apolo*, catálogo versificado de escritores.

Pero esto nada es si se compara con las obras que escribió para el teatro, ya que compuso, al decir del ilustre Hartzembusch, mil y quinientas comedias, unos cuatrocientos autos, y multitud de loas y entremeses. ¡Con razón es llamado nuestro biografiado el *monstruo de la naturaleza*!

Al teatro consagró todo su tiempo, y toda su inspiración, y realmente al teatro debió el justo renombre de que goza. Los personajes de sus obras dramáticas, tienen un sello especial, son un reflejo vivo del carácter del pueblo español, y quizás á esta circunstancia debió Lope de Vega el aura popular de que gozó en vida y le acompañó hasta el sepulcro.

Baste decir que durante muchos años, plateros, mercaderes, pintores, hasta los vendedores de las plazas, para dar mayor encarecimiento á su mercancía, declan que era de *Lope*. Las gentes se paraban en las calles al verle pasar, unos para saludarle, otros para conocerle, y todos para admirarle. Nobles y sabios, de España y del extranjero, solicitaron su amistad, y se honraron con ella, que no la había entonces más precisada que la del *Fénix de los Ingenios*, como á Lope de Vega se apellidaba.

Una pasión de ánimo,—recuerdo cruel de las borrascas de su juventud,—unida á los prolongados ayunos que se imponía, le produjeron un decaimiento de espíritu y de cuerpo, que acabaron con su vida el día 27 de Agosto de 1635.

Sin previa invitación acudieron á su entierro todas las Cofradías, clérigos,

frailes, caballeros, familiares, grandes, poetas, artistas, comediantes y un pueblo inmenso.

Llevaron el cuerpo los sacerdotes de San Miguel, donde fué Capellán Mayor; y fué tan grande el gentío, que estando su casa en la calle de Francos (hoy de Cervantes, aunque con más justa razón, como dijo el señor Mesonero Romanos, debió llamarse de Lope de Vega), llegó la Cruz á la iglesia de San Sebastián, cuando aún el cuerpo no había salido de la casa.

Por súplicas de su hija, *Sor Marcela de San Félix*, pasó el entierro por delante de la calle de San Agustín, á la que daban las rejas del Convento de Trinitarias Descalzas, con el piadoso y noble objeto de darle el último adiós.

El distinguido artista señor Suárez Llanos pintó el magnífico cuadro que aparece en este número, y que figura en las Salas del Museo Nacional. Aquella escena llena de interés y de sentimiento, en que se mezclan las lágrimas de su inconsolable hija con las de todos los asistentes á la fúnebre ceremonia, está magistralmente tratada por el eximio pintor.

Entre las grandes funciones religiosas dedicadas á la memoria de Lope de Vega, merece citarse la que le ofreció la *Congregación de los Representantes* (actores), establecida en la Iglesia de San Sebastián.

Repitamos con un ilustre pensador al dar por terminado nuestro trabajo: «Si Lope de Vega adoleció de flaquezas humanas (era hombre), el poeta es tan grande que su nombre sólo bastaría para llenar un siglo.»

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS